



2 de marzo de 1879

**La devoción a san José debe conducirnos
a la vida interior y a la unión con nuestro Señor**

Mis queridas hijas:

Ayer comenzamos el mes de san José. Debido al tiempo que dedicamos al Oficio, que siempre debe ocupar el primer lugar entre nosotras y para el que debemos reservar todas nuestras fuerzas, no podemos hacer los meses de devoción que se presentan a lo largo del año.

Sin embargo, en este momento en que la Iglesia honra a San José, conviene que unamos esta devoción a la de la Pasión, que debe ocuparnos sobre todo durante la Cuaresma. Es deseable, por tanto, que en nuestras meditaciones, la primera sea siempre para la Pasión; pero que, en la segunda meditación, en nuestras visitas al Santísimo Sacramento, o en otros momentos, meditemos sobre las virtudes de san José, desde el punto de vista de la vida interior.

Sé que todas queréis convertirnos en personas interiores. Se puede decir de la vida interior lo que san Francisco de Sales decía de la perfección: cada uno la viste a su manera. Cada una se hace una imagen especial y se dice: « Esto es lo que me llevará a ella y no otra cosa ». No, lo que conduce a ella de manera segura es la oración y el sacrificio. Buscad, dad vueltas, poned juntos todos los pensamientos que podáis tener sobre la perfección de la vida interior, siempre veréis que la oración y el sacrificio son sus dos grandes bases.

La oración: es fácil para una religiosa de la Asunción, ya sea porque tenemos mucho tiempo para estar en la capilla, ya sea porque, fuera de ella, en las diversas ocupaciones, podemos permanecer fácilmente en espíritu de oración. Hay suficiente silencio en la casa, suficiente regularidad, las dificultades están suficientemente apartadas, para que podamos separarnos y vivir en el recogimiento y la oración. Es el espíritu de oración el que da el espíritu de fe, de esperanza, de amor, y conduce a la unión con nuestro Señor Jesucristo Cristo, que constituye la vida interior.

Si tomamos la vida de san José, vemos cuánto se separó de las criaturas; cómo, en conductas muy incomprensibles, que lo eran para él, que lo serían para nosotras si no las hubiéramos meditado desde la infancia: obligado a huir a un país que no era el suyo, en medio de un pueblo que no hablaba su lengua, en todos los lugares, llevó el espíritu de la vida interior.

Me diréis que llevaba consigo a nuestro Señor Jesucristo y a la Santísima Virgen. – Es cierto. ¿No los tenemos también nosotras? Tenemos la comunión frecuente, a nuestro Señor Jesucristo en el tabernáculo. Es a él a quien rezamos, a él a quien nos dirigimos, a él a quien pedimos todas las cosas. La Santísima Virgen es nuestra madre, tampoco nos abandonará. Está muy atenta a nuestras oraciones.

Las antiguas leyendas de la Edad Media cuentan cuánto valora el amor de sus hijos, cuando se la honra mucho, cuando se recurre mucho a ella. La Santísima Virgen le da tanta importancia que llegó a reprochar a un escolar que había descuidado los actos que le hacía cada día. Siendo reina, siendo todopoderosa, toda misericordiosa, preocupada por la Iglesia universal, tiene una preocupación especial por las vírgenes que la siguen, por los religiosos y las religiosas que llevan su nombre. No hay duda de que ella está cerca de nosotras si así lo queremos.

No es por tanto que nos falten Jesús y María; lo que nos falta es la fe, la esperanza, la caridad, la unión con nuestro Señor; – unión que no siempre es la misma según los grados, pero que debe comenzarse en cada una de vosotras, y en la que se avanza, poniéndose a menudo bajo la acción de nuestro Señor y de la Santísima Virgen, mirándolos con frecuencia para imitar sus virtudes, sobre todo guardando silencio.

Guardar silencio es el gran medio. ¿Podemos dedicarnos a la oración si no guardamos silencio en el exterior, si no trabajamos en guardar silencio en el interior, es decir, si no nos acostumbramos a silenciar todos los pensamientos propios, todas las voluntades propias, todo lo que hace ruido en el alma, para conversar con nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen? Hay grados en todo ello. Que una novicia que sale del mundo no haya aprendido a acallar ese mundo interior que ha traído con ella, no es de extrañar. Pero que una profesa, que lo ha abandonado hace mucho tiempo, tenga todavía un pequeño mundo interior que habla, es mucho peor.

Hay que prestar mucha atención a ello. Si cada año imponemos un poco más de silencio a la lengua cuando quiere hablar inútilmente, y a la mente, cuando sugiere pensamientos que no son del reino de Dios, acabamos por establecer ese silencio interior, en el que el alma se une a nuestro Señor Jesucristo.

Esto pertenece al espíritu de la oración, pero también al espíritu del sacrificio: *Solo avanzaréis en la medida en que os hagáis violencia*. Son palabras de san Francisco Javier, de *la Imitación*, de todos los santos. Es necesario que el espíritu de sacrificio sea el sustento del espíritu de la oración, y que el espíritu de la oración os conduzca al espíritu de sacrificio, para que la vida interior se establezca.

La vida interior no quiere ninguno de nuestros defectos, ninguno de nuestros vicios. La palabra parece fuerte; pero ¿cómo llamar a eso? Los hábitos imperfectos, las disposiciones malas, cuando se convierten en costumbre, son una especie de vicio, vicio de orgullo, vicio de cobardía, de impaciencia, de susceptibilidad. La vida interior no quiere nada de eso. Quiere que todo se sacrifique, nuestros *consuelos* o, más bien, nuestros *placeres*.

¿Tenemos *placeres*? Sí. Hay cosas que nos agradan, otras que no. Cosas que divierten la mente, otras que no la divierten. Cosas en las que nos gustaría extendernos, otras en las que no nos gustaría. Es de esos placeres, y no de los del mundo, de los que hablo. Si dijera *consuelos*, quizás os engañaría. Se aplica más bien la palabra consuelo a lo que viene de arriba, y no hay motivo para sacrificarlo.

Todo lo que dilata el alma, todo lo que la lleva hacia Dios, todo lo que, en la oración o en la vida religiosa, os hace sentir algo más generoso, más fervoroso, no debería sacrificarse, y decir como ciertas personas imprudentes: «Hago el sacrificio de ello, no necesito consuelo». Dios, que lo envía, sabe que lo necesitas, y hay que recibirlo con agradecimiento.

Hay que sacrificar sus *satisfacciones*, esa es la palabra, y ahí es donde el sacrificio da lugar al consuelo. Todas las satisfacciones de la naturaleza impiden los consuelos de la gracia. Impiden la unión con nuestro Señor. A medida que las sacrificamos, nos separamos de ellas, las abandonamos, dejamos de amarlas, dejamos de desearlas, que por ese lado no se dirigen los deseos, se entra en esa vida en la que nuestro Señor colma el alma, la ilumina, se convierte en su todo.

Un alma, en efecto, liberada de lo que es exterior, liberada de sí misma, toda atenta a nuestro Señor, ya sea que lo reciba en la comunión, ya sea que lo vea en el tabernáculo, o que lo siga en sus misterios o en esa presencia de Dios que nos acompaña a todas partes, esa alma es interior. No se trata de cerrar los ojos y componer el paso: por supuesto que no. Hay personas que hacen eso y que no son en absoluto personas interiores. Hay otras que tienen un aspecto muy sencillo, muy abierto, muy benévolo y que, en todo, ven a nuestro Señor, lo siguen, le obedecen, lo rodean de sacrificios, de actos de amor, de esperanza y de fe: esas son almas interiores.

Me inclino a creer que san José era uno de ellas, amable, bueno, fácil de abordar. Él no os habría negado una palabra de consuelo, él que no le gustaba hablar, si, al encontrarlo en el camino, se lo hubierais pedido, o si, en Nazaret, hubierais buscado cerca de él una buena palabra, una sonrisa. Cuando os hablo de la devoción a san José, no olvidéis, hermanas, que es de esta devoción de la que están hechas las almas interiores, de esta devoción que sigue al amor de Jesús y María, la que se esfuerza por imitar sus virtudes. Dejo de lado esa devoción que solo busca obtener de este buen santo todo lo que uno quisiera tener.

Lo que aleja a algunas personas de la devoción a san José es que se le convierte en el patrón de las muchachas por casar y de las familias por enriquecer. Esta devoción no tiene ninguna relación con la que debemos tener hacia San José. Tenemos cosas mejores que pedir. No pidamos demasiado las cosas temporales, sino pidámosle las cosas espirituales que nos ayudan a entrar en la vida interior.

Que sea también esto, hermanas, lo que pidamos al meditar en la Pasión, esa gran fuente de la vida interior, al meditar en la cruz de nuestro Señor, la cruz, fuente del espíritu de sacrificio, fuerza del silencio. Es sobre todo en el camino de la cruz donde nuestro Señor ha mostrado la fuerza de su silencio y la fuerza de su abnegación.

Procuremos en todas nuestras meditaciones ponernos más bajo la acción de nuestro Señor y permanecer en ella el resto del día. Me gustaría que, cada cuarto de hora, cada una de vosotras se pusiera bajo la acción de nuestro Señor y le dijera: « Dios mío, ¿qué quieres de mí? ¿En qué puedo imitarte ? » *¿Qué deseas ahora, oh Cristo?*¹ como repetía sin cesar san Vicente de Paúl. ¿Qué haría Jesucristo en mi lugar? ¿Cuál es la gracia que me concede en este momento y a la que debo responder?

Así, de una forma u otra, os pondría bajo su acción para depender de él, imitarlo, uniros a él, con el fin de llevar una vida verdaderamente interior.

¹ *Quid nunc Christus ?*

